

ascensión, se ve la nieve perpetua, de la cual he puesto yo en mi boca, no hace aún tres horas, un poco; no tanto para refrescar el paladar, seco por el calor del Sol y por la fatiga que me ocasionara la subida, que para mí no es penosa, cuanto para protestar así contra lo afirmado en un libro, cuyo autor jamás ha visto estas montañas sino á muchas leguas de distancia. Sí: la nieve perpetua existe aquí, en las estupendas rocas calizocarboníferas que forman la escabrosa cordillera de los Picos: la nieve existe aquí desde hace millares de años, y existirá mientras los picos de Europa sean lo que son y como son.

Y desde lo alto, desde la puntiaguda cumbre del pico del Jierro, además de ver la nieve blanqueando en otras abruptas eminencias no lejanas, se ve debajo, al lado del sur, toda la bellísima comarca liebanense; al par que, también debajo y á la parte norte, el llamado lago de Andara, en cuyas aguas ninguna clase de peces vive ni vivir puede, y que, sin oleaje, está mostrando perennemente su frío líquido á más de 2,000 metros de elevación sobre el mar, en un espacio abierto entre las cumbres de montañas colosales. Éstas, en número prodigioso, aparecen en torno al pico del Jierro en una grande extensión, ofreciendo variedad infinita de formas, cortaduras, picachos, derrumbaderos, grutas y vegetación, para mayor magnificencia del sublime cuadro de la naturaleza aquí en los Picos.

Pero si el embeleso que en el ánimo produce; si la atracción que tan portentosa majestad ejerce en el espíritu para que la contemple y se abisme en profundas reflexiones; si la magia de esa perspectiva; dejan libres de su influencia por un brevísimo instante los ojos del observador, éste verá que las provincias de Santander por el oriente, de Palencia por el sur, de León por el oeste y de Oviedo por el norte, ostentan en el espléndido paisaje mucha parte de su territorio, en tanto que el Océano Cantábrico añade al sorprendente conjunto la inmensidad de su horizonte.

No he visitado la Suiza: he recorrido, y no en ferrocarril, las provincias españolas nada más; pero varias veces he tenido el placer de oír á personas acostumbradas á viajar por extranjeros países que no han hallado en parte alguna cordillera de aspecto tan extraordinariamente vario, y tan extraordinariamente rica en deliciosas perspectivas, como estos picos de Europa, no visitados apenas por otros españoles que los nacidos junto á ellos.

Aunque no cazara; aunque los rebezos, saltando como suelen sobre abismos, huyeran de esta región; S. M. el Rey sentiría gran placer al encontrarse en lo

alto del pico del Jierro, contemplando las bellezas del extenso paisaje, ante el cual decía con entusiasta admiración en setiembre de 1881: «Quiero fijar la imagen de estos Picos; quiero fijar la imagen de este panorama en mi cerebro; quiero que la memoria mía recuerde luego fielmente tanta belleza: dejadme contemplarlo más aún.»

Pero al placér de contemplar estos sitios una vez más, podrá unir el Monarca los placeres de la difícilísima cacería de rebezos; pues todo está dispuesto de tal modo por el Sr. de Arce, que en una extensión de gran número de kilómetros las cumbres y hondonadas, asilo de aquéllos, serán recorridas en la hora oportuna por inteligentes ojeadores, y la caza abundará.

ALTURAS DE ANDARA, 8 de agosto.

La tercera cacería, la que será más que las otras notable por el número de rebezos que seguramente se reunirán, y por la grandiosidad salvaje de los riscos en que ha de verificarse la difícilísima jornada, será en la cumbre peñascosa llamada *Peña Vieja* que sobre el puerto de Áliva se eleva y que domina toda la formidable cordillera de los Picos, alzándose, como ayer dije, hasta 10,046 pies (2,800 metros) sobre el nivel del océano.

Desde uno de los riscos de Andara, en que esto escribo, veo no lejos, aunque para llegar á su pie necesitaría emplear desde aquí no pocas horas á caballo, la montaña espantosa, en cuya cima, llena de colosales picachos y pedregosas profundísimas cañadas, está el cazadero á que subirá el día 16 el rey D. Alfonso XII. Si desde los sitios de que hablé en mis cartas de los días 6 y 7 se descubren magníficos paisajes, más grandioso es el espectáculo que ofrecen estas montañas miradas desde lo alto de la formidable *Peña Vieja*.

Y se comprende bien que así será, con sólo reflexionar acerca de su altitud soberbia y sin rival en toda la región cantábrica, y acerca del gran número de pedregales y de escuetos picachos que por todos lados se alzan alrededor y en la misma terrible montaña, haciendo de ella, de sus múltiples y ásperos senos, y de su resquebrajada y fría cumbre, la soledad más admirable y pasmosa, más solemne, y más triste, y más espléndida en luz al mismo tiempo, de todos los magníficos desiertos de la indescriptible serie de montañas y peñascos de toda esta singularísima región. Levántase casi al centro de las numerosas cumbres que por nordeste, norte y noroeste resguardan el puerto de

Áliva, el cual es una pradera relativamente plana y que, á 4,047 pies (1,964 metros) de altura sobre el mar, se extiende entre las peñascosas moles de los Picos, en una longitud de más de 4 kilómetros, teniendo uno de anchura por algunos parajes.

Por toda la serie de cumbres que resguardan ese puerto, veo desde estos picos de Andara multitud de cuevas, que la naturaleza con el barreno del tiempo abrió en las rocas, y que en los meses de verano sirven de majadas al ganado vacuno, lanar y cabrío de los pueblos lebaniegos pertenecientes al valle de Varó. Presenta en este momento el puerto de Áliva un cuadro delicioso. Iluminado por el Sol, ya próximo al ocaso, proyectan en parte de la pradera su rarísima ondulada sombra los gigantescos riscos de Peña Vieja, collado de las Moñas, Naranco y otros ciento; y pululan, mordisqueando yerba en la planicie, negras pacíficas ovejas, y amarillentas, diminutas cuanto lechiferas vacas, algunas de las cuales rumian tranquilamente recostadas á la puerta de las cuevas, en tanto que pintadas cabras pacen en la pendiente de los picachos, saltando ágilmente sobre precipicios grandes. Por allí un pastor, caminando lentamente, pero sin mostrar fatiga, por escabroso repecho; y sentadas en pequeñas eminencias de la pradería, en grupo de dos ó tres, ó sola cada cual, pastoras que, haciendo media de cerdosa lana, cantan prolongando el final de sus cantares por un espacio de tiempo, en verdad maravilloso por su mucha duración. *Deje*, como aquí se dice, ó *sostenido*, como dirían personas inteligentes, ó no, en música, caracteriza los cantares lebaniegos y de los pueblos limítrofes á los picos de Europa; siendo de notar que el difícil sostenido es hecho siempre con la vocal *e*.

En medio de la pradería, como un



El precipicio

prisma de nítida nieve, la caseta de las minas de Áliva blanquea, y parece que su albura risueña convida al inocente regocijo del espíritu entregado á blandos ocios y apacibles pensamientos en aquella soledad bella y sin más rúmore naturales que el murmullo de dos pequeños arroyos, que recorren la pradera en toda su longitud, como si con esa dulce música quisiera la naturaleza celebrar allí la solemne sencillez de las virtudes grandes. Y para que el alma, en la dulce y grave contemplación de aquel desierto silencioso, eleve su mirada sin fatiga ni vértigo filosófico que la incline al abismo horrible de la duda, está en medio de aquel puerto el símbolo de la fe, la cruz de Cristo coronando la techumbre de una modesta capilla, que se inauguró el día 1.º de agosto de 1851, y que allí fué construída para que los pastores, durante los meses de verano, puedan oír misa en los días festivos. Conmemorando la inauguración del rústico templo que está dedicado á San Pedro Advíncula, celébrase todos los años, el primer día de agosto, animada romería, concurriendo gentes de varias aldeas lebaniegas al puerto de Áliva para oír la misa y pasar después el día visitando las majadas, saboreando la sustanciosa y fresca leche, las suavísimas natas, las excelentes cuajadas y el tónico y nutritivo queso, justamente reputado por el mejor de todos los que se hacen en Liébana y en las Asturias de Oviedo.

En la blanca y solitaria caseta de la Sociedad minera pernoctará S. M. el Rey el día 18, para el 19, de madrugada, subir al cazadero, situado allá en lo alto de la majestuosa *Peña Vieja*.

¡Qué plan de ojeo tan magnífico ha dispuesto Juan de Moradiellos, el inteligente, infatigable y afortunado cazador de rebezos! Vive en el pueblo de Sotres; y auxiliado en su empresa

por su práctico amigo y convecino Severino López, para corresponder bien al encargo recibido del ingeniero Sr. de Arce, ha ordenado tres batidas de rebezos con tal acierto, que ni cumbre, ni cañada, ni precipicio, ni picacho, de cuantos desde Cabrales, Covadonga y Valdeón forman eslabones de la cordillera, yendo á unirse por tres lados, oriente, norte y ocaso, á las terribles escabrosidades del alto de *Peña Vieja*, quedará libre del ojeo. Es verdaderamente un plan de campaña tan perfecto, que, si en vez de ágiles pero pacíficos rebezos hubiera que batir ejércitos de enemigos, no podrían, por muchos que fueran, pasar por aquellos sitios. Conozco éstos, he visto el plan trazado por Moradiellos; y si algún día hubiera necesidad de renovar allí la lucha que hubo al principiar el siglo VIII, contra enemigos de nuestro Rey y de la felicidad de nuestra patria, creo que el triunfo de los leales sería segurísimo con sólo apostar la gente en los mismos puntos y en igual número de personas que Moradiellos ha ordenado para el ojeo de rebezos. Ha sido el plan remitido á Comillas por si el Rey tenía que ordenar alguna reforma, y se ha dignado manifestar que aprueba lo dispuesto.

ALTURAS DE ÁNDARA, 11 de agosto.

Tuve ayer la satisfacción de conocer personalmente, y hablar durante un rato, al afamado cazador de rebezos Juan de Moradiellos, quien, con otro cazador notable llamado Severino López, ha organizado, como hace pocos días dije á V., el grandioso *plan de ojeo* para la magna y regia cacería que tendrá lugar en las alturas del puerto de Áliva.

Moradiellos, atento, comedido, reposado en el hablar, pero de fácil y correcta expresión, tiene simpática fisonomía, que desde luego revela perspicacia grande. Díjele que andaba ya su nombre en libros por esos mundos de Dios; y aunque la noticia pareció agrada-le, no hizo muchas ni muy vivas demostraciones de curiosidad por saber detalles. Abrí mi libro titulado *Recuerdos de Liébana*, recientemente publicado en Madrid; leí las páginas en que, á propósito de la venida del Rey á estas montañas en Setiembre del año anterior, refiero la discreta y sagaz contestación de Moradiellos á S. M., cuando le preguntó qué fieras temía más, é inserto las cartas que el cazador escribió después á Don Alfonso XII y á un alto dignatario de Palacio, cuando recibió la magnífica escopeta que tuvo

la bondad de enviarle, como recuerdo afectuoso, el benévolo Monarca; y verdaderamente complacido, pero sin muestras exteriores de grande alegría, el cazador Moradiellos, capaz en lo cauto de dar, como se suele decir, quince y raya al más pintado, me dijo estas palabras: — Está bien: asimismo pasó: tal como dice el libro hablé yo al Rey.—Estas pocas frases fueron para mí satisfactorias, puesto que demuestran de un modo bien terminante que hay verdad en la narración hecha en mi citado libro *Recuerdos de Liébana*.

Después de esto, el cazador Moradiellos dió, estando yo presente, á mi distinguido y apreciable amigo Sr. de Arce, ingeniero director facultativo de las minas, explicaciones detalladas de cómo intenta realizar su *plan de ojeo* en la extensa y difícilísima región en que se propone hacerlo, y los medios y artes de que se valdra para reunir el extraordinario sorprendente número de quinientos rebezos en un punto de las Peñas, en que el Rey pueda verlos y disparar contra ellos algún tiro. ¡Quinientos rebezos! es decir, ¡pocos menos de los que se calcula que hay en los centenares de montañas de los picos de Europa! ¡Quinientos rebezos, que jamás, es bien seguro, se habrán visto reunidos en ninguna cacería, ni en España, ni en ninguna otra nación de Europa, como no haya sido en un terreno cerrado para criadero de los indómitos y ágiles antílopes! Una centena de ellos, en estas montuosas regiones, donde es trabajosísimo y peligroso andar por las desigualdades peñascosas de los picos, creo yo que es número muy grande de rebezos para reunidos en una cacería por los ojeadores. Pero Moradiellos afirmó que su *plan de ojeo* llevará al cazadero real en Áliva rebaño tan grande de aquellas salvajes reses, que acaso haya necesidad de hacerlas andar á palos, como si fueran domesticadas cabras.

Respecto á las costumbres de los antílopes en tales ocasiones, y respecto á muy curiosos incidentes que habrá en la cacería de Áliva, según Moradiellos lo tiene ya dispuesto, no me parece oportuno decir hoy nada para no quitar á la excursión venatoria el placer de las sorpresas.

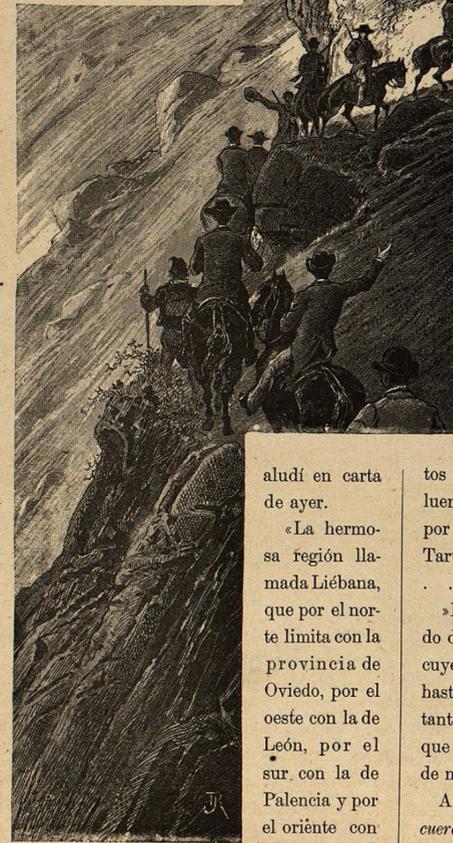
Pero se comprende bien, habidas en cuenta las singulares circunstancias de esta cordillera de indescribibles peñascos, donde las distancias se multiplican asombrosamente por lo áspero y penoso de las subidas, bajadas, rodeos, derrumbaderos, abismos y cortaduras de innumerables montañas, se comprende bien, repito, que el *plan de ojeo*, ideado por el experto y sagaz cazador Juan de Moradiellos, ha de proporcionar al Rey la satisfacción de una cacería muy notable,

aunque el número de rebezos no sea tan extraordinario como el práctico montañés calcula.

der, de la cual es parte, afecta la forma de un cráter inmenso, erizado de montañas en su fondo, por donde

ALTURAS DE ÁNDARA, 12 de agosto.

Prometí decir á V. algo de los preparativos que hay hechos para que S. M., terminadas que sean las cacerías de rebezos en estas alturas, cace también algún oso en los intrincados y antiguos bosques de Liébana, que, si no de tanta elevación como los picos de Europa, tienen muy considerable altura. Cumpro la palabra, dedicando al asunto algunos párrafos; pero, ante todo, permítame V. copiar breves líneas de mi recién publicado libro, á que



corren multitud de arroyos y ríos, y hallándose el perímetro de esta comarca, casi perfectamente circular, rodeado por cumbres elevadísimas de roca calcárea. La anchura de ese círculo tal vez no exceda en línea recta de la extensión de 15 kilómetros, ó sea tres leguas escasas; aunque por el suelo no puede calcularse que haya menos de 30 kilómetros, ó sea menos de seis leguas.

«Ciñen á esta comarca y forman parte de ella, por el norte los picos de Europa, cuya descripción creo ahora inoportuna; por el oeste los enormes riscos de Remoña ó Peña Vieja y Coriscao; por el sur los elevados puertos de San Glorio, Pineda, Sierrasalbas y Piedrasluengas, donde se halla la altísima Peñalabra, y por el oriente las grandes cumbres de Peñasagra y de Taruey.

«El interior del país está, como ya dije antes, erizado de montañas, no tan elevadas como las que le circuyen, pero altísimas también y que están cultivadas hasta en su cima, ó pobladas de bosques. Estos son tantos y tan llenos de arbolado, que se puede calcular que entre todos tienen de 75 á 80 millones de árboles de multitud de especies.»

A los tres precedentes párrafos, tomados de mis *Recuerdos de Liébana*, debo añadir que, para regocijo y provecho de las personas aficionadas á cazar, se crían

aludí en carta de ayer.

«La hermosa región llamada Liébana, que por el norte limita con la provincia de Oviedo, por el oeste con la de León, por el sur con la de Palencia y por el oriente con la de Santan-